

A close-up photograph of two ornate, golden hands, resembling the hands of a giant ape, gripping a dark, textured door handle. The hands are highly detailed, showing veins and realistic skin texture. The door handle is dark and appears to be made of metal or wood with a rough, weathered finish. The background is dark and out of focus.

ECOS DE ALDABA
ERNESTO LUIS SALVAREZ

EDITORIAL DUNKEN

ECOS DE ALDABA

EDITORIAL DUNKEN, 2013
ISBN 978-987-02-6327-2

PRÓLOGO

La Palabra les fue dada a los Padres y a los Profetas. Para explicar sus visiones Juan levanta un colosal monumento, el Apocalipsis. Y exige que no se dude de cada vocablo pronunciado.

Los poetas recibieron el legado. Intérpretes de intrincados mecanismos, dueños de las visiones, amos de las metáforas. La épica, el amor, el describir un pájaro pequeño, todo se convierte en visiones nuevas, en sublimes experiencias.

Sin dudarlo, los poetas son enviados de los dioses. Por eso acaso desentrañan misterios que les son vedados a los no iniciados. Ernesto, en su espléndido *El Etrusco* sabe, no lo intuye, lo sabe, que el alabastro llamó al orfebre para pedirle que expusiera sus vetas y parecer más hermoso, aún.

En los poemas a Rosana desgrana sus anécdotas y las dota del toque mágico para que entendamos la Naturaleza como la entiende su amada mujer, quien nació y disfruta en ella.

Alguna vez el entrañable, común amigo Víctor Orellana le preguntó a Ernesto de donde surgían las maravillas que escribía. Ernesto, en su humildad, permaneció callado. No se atrevió a decirle que él también estuvo en Tlön. Y que los sabios lo invistieron de su realeza.

José María Schettino

INTRODUCCIÓN

Qué alegría cuando un poeta retorna a cantar. Lo reconocemos entre miles, a su voz, que nos ha emocionado, ansiamos saber qué dirá. Aprendimos, como el zorro le enseñó al Principito, a reconocer sus pasos, su voz. Nos aproximamos con la fe puesta en él.

Ecos de Aldaba tituló Ernesto su canto. Ese canto pleno, maduro, enhebrado como un poema. Podemos decirlo así, porque una imagen reclama otra imagen, un recuerdo evoca otro recuerdo, una emoción suscita otra emoción, así como se desentrañan nuestros pensamientos, como juega con nosotros la memoria.

Comienza describiendo los pedazos de un espejo roto que reflejan las cosas sin un orden aparente, como el libre flujo de la conciencia de Joyce, y está la luna dispuesta a iluminar aquello escondido en nuestro ser, en nuestros recuerdos.

*"Al azar del paso de las nubes
un delgado haz de luz de luna*

*atraviesa el entreabierto cancel.
En el largo pasillo oscuro,
hay trozos diseminados
de un gran espejo roto.
En ellos la confusa imagen
de la vida o de los sueños
se refleja en caprichoso desorden."*

Ernesto, en este canto inagotable, nos transporta de la pampa a ciudades de arte italianas, a la Europa de las grandezas pasadas y sus miserias. Así nos hallamos en *Beethovenplatz* con un músico de ojos perdidos que se abren superando su tristeza cuando acariciando su instrumento en un gesto elegante, revive sus sueños:

*"En su mente desfilarán los sueños,
esas ventanas abiertas a la luna,
que suelen dar resplandores al alma.
Tarde, a la noche, desandaré el camino,
y lentas de tedio transcurrirán las horas,
como siempre, hasta el siguiente día.
Caminaré al concierto nuevamente,
y esos instantes breves justificarán la vida."*

Un espejo, una música, recompondrán etapas de una existencia, revivirán el pasado, revelarán su sentido. La poesía de Ernesto es un gran don. Él sabe hacer lo que todo poeta, todo artista, debe saber sobre cada cosa: dotarlas de belleza. La belleza está a nuestro alrededor, pero no todos la comprenden plenamente, labor que el artista debe realizar: recogerla para todos y otorgarla como ofrenda en poesía, en música, en pintura o en esculturas. Así todos podrán verla. Hay un hilo conductor delicado y armonioso, escondido en este canto, en este poema: la luz de la luna. Es una luz más pura, más blanca, no hiere con su intensidad, no les da color a las cosas, no golpea con el calor de la del sol. Revela a nuestros ojos las cosas con gracia, con mesura, con cierta discreción. Como si fueran las palabras de un amigo en aquellos momentos de las confidencias o del mutuo consuelo. Es la luz adecuada para resaltar este canto de Ernesto, un canto gentil que

nos lleva a redescubrir el sentido de las cosas y de la existencia, nos conforta como un amigo que nos confía aquello que aprendió, que ha logrado comprender en este viaje que es su vida.

Es difícil limitarse a unas pocas citas de su obra, porque cada expresión nos toca, merece nuestro tiempo, porque cada lírica es una ofrenda de amor.

Escribe Ernesto:

*"Vida.
Luz que titila
en medio de la noche oscura.
Sólo a veces descubro tu fuego,
ondulando con ritmo vacilante."*

y es bellísima en la propia, intensa lírica, la imagen del *"sideral parpadeo"*. Sideral, inasible, amalgamante, su canto. Ernesto inquiera respuestas a sus poemas, y en *"Si te vas"* pregunta:

*"¿Adónde vas poema,
cuando las sombras llegan,
y este velo sin nombre opaca
los sentidos?"*

Aseguramos, podemos hacerlo, que su poesía vuelve a ganar nuestros corazones, los toca en un gesto fraterno, ese gesto caro a Dios. Porque Ernesto es el amigo que tiene el canto pleno de quien tiene fe, de quien se ha reconciliado, como dice la Biblia hablando de la relación entre Creador y criatura.

Es por ello que, con agrado, quiero cerrar con estas palabras del poeta:

*"intuyendo la única luz
en un idioma aprendido con los genes.
eso es la fe."*

Vivetta Valacca
Excelsior Palace Hotel

Rapallo
Italia

ECOS DE ALDABA

Al azar del paso de las nubes
un delgado haz de luz de luna
atraviesa el entreabierto cancel.
En el largo pasillo oscuro,
hay trozos diseminados
de un gran espejo roto.
En ellos la confusa imagen
de la vida o de los sueños
se refleja en caprichoso desorden.
Allí, el niño vuela libre,
añoranza feliz no repetida,
buscada en la última hora de la vigilia.
Allí la odiada garra en los ojos,
el aleteo del águila en el rostro.
En un fragmento brillan hermosos cabellos,
allá un perfil, manos, caricias,
desnudez íntima en otros.
Como el de aquellas garras,
nuevos miedos a veces,
o vacíos extensos,
o incomprensibles aventuras que se olvidan.
Oigo voces amadas, sonidos leves.
Mis propios pasos resuenan
en el pasillo largo de la memoria de los sueños,
y los ecos suaves de una aldaba,
llaman o reciben,
vaticinando el abrir o cerrar de puertas,
a que me lleva el tiempo, sometido.

LOS REGALOS DEL POEMA

Sabe el verso de la herida abierta,
que sufre el semejante desvalido
y de la propia que duele íntima.
Sabe el verso de la angustia del temor.
Está en él la pálida frente despedida,
y están el beso elegido y la voz amiga.
Sabe del milagro del parto y ver al hijo
y del duro vacío del nido despojado.
También sabe que es distinto el tiempo
que contiene, que la hora que nos corre.
El verso busca lo que estira el acorde
que hace eterno el instante atesorado.
Ejercita una memoria selectiva, acaso,
que disfruta el amarillo de las hojas
salpicando otoños en la senda,
y ve en el barro la bendita lluvia.
¿Para qué recordar la noche oscura
si no fuera para hablar de estrellas?
Nutrido de esta savia, va y recoge
los destellos amables al sentido alerta,
y en el espacio breve entre palabras
hay renacer de sueños que perduran.
Sabe el verso lo sembrado entre las letras
que a veces suele regalar regresos.
El verso enseña otro valor del tiempo.
Viene el poema a rescatar los brillos
y ofrendar al alma esa feraz cosecha.

BUENOS AIRES

Me pregunto si estás Buenos Aires,
en rincones donde no te veo.
Sé que estás en las volutas de humo
del cigarrillo que hoy fuman
en las veredas del bar. En la mirada
que las observa disiparse o que tras ellas
adivinan imágenes del recuerdo
o angustias del presente,
que no son las del diario abierto
sino las de algún adiós que duele.
Te huelo en los kioscos de flores,
perfume que se llevan a casa
los taciturnos caminantes.
Te veo en mujeres que caminan
desafiando amores fieles
llevándose los ojos a su paso.
Te huelo en el subte, en la bocanada venenosa
de los colectivos que aturden en las calles,
y te veo en las miradas perdidas de las decenas
de pasajeros que a diario se encaminan
a sus particulares destinos.
Te veo en la belleza de los palos borrachos y las tipas
y me dolés en la innecesaria basura en las cunetas.
Sos la mirada de Pedro en el bar,
el amable saludo de José María en esa esquina,
sos Rosendo, saludando el día al pasar.
Los cientos de avatares distintos que se emocionan
oyendo Butterfly como en una conjura,
o los miles que traspiran su pasión en un estadio.
Centro y arrabal, sos suma, abierta y dura,
a la vez generosa y bella.
Tan bella como aquella dama que cruza
y esboza una sonrisa.
Estás allí. Siempre estarás, Buenos Aires.

EL ETRUSCO

Serbio Tulio me llamo, me dicen el Etrusco.
De Selinonte vengo, los griegos me han traído.
Allí, que todo es nuevo, esculpía yo mis frisos,
hasta sentir un día que me dejaban las fuerzas.
Quise regresar a mis colinas de Volterra.
Aquí supe que labrar la piedra sería mi destino.
El alabastro en mis manos desnuda sus vetas.
Por mis obras tengo fama y mis trabajos
adornan las sepulturas y los templos
desde Veyes a Felsina y desde Cartago a Tiro.
Yo, que he traspasado las puertas de Ishtar
y las cien puertas de Tebas, siempre he tratado
de comprender los ritos: sé que Marduk y Amón
son nombres del mismo dios con distinto alfabeto.
Mi cuerpo me abandona, festejo el sol de cada día.
Como el bajel que hacia el ocaso empuja el viento
frente a las columnas de Melkart me encuentro.
Duro es el designio humano de saberlo casi todo,
y de esa otra puerta, la muerte, no saber nada.
Elevo mis plegarias en respetuoso silencio,
aguardo siempre alerta y me resisto al sueño.
Quiero estar lúcido al trasponer la puerta
cuando la muerte, ya oscura o luminosa, venga.
Dejadme a solas hablar con los augures:
creo que ya es tiempo de diseñar mi estela.

EN EL ARNO

Reconstruidos puentes
copian la memoria atesorada,
buscando conservar la belleza
con tenacidad minuciosa,
o detener acaso el tiempo, ilusión vana.
Parpadea y deslumbra el reflejo multicolor
que cambia cada instante sus matices
en las ondas del agua hoy mansa.
Ese reflejo sí es eterno.
En su espejo se han mirado los siglos.
Como esos ojos transparentes
que plasmara el artista
en ideales rostros femeninos,
son los mismos hondos pozos
con manantiales fértiles
que busca la íntima sed
cuando un sutil perfume sorprende y llama.
Los busca en los sueños
que casi no tienen edad,
y los busca en la vigilia.
Sin querer, sin pensar, sin presentir,
como ocurren las cosas de la vida.
Mínimos puentes que anudan
los misterios gratos al alma,
como los espacios que anudan las palabras
que caen en cascada al poema nuevo.
Nudos que son tal vez, también eternos.

LUNA NUEVA

El infinito signo, casi al fin comprendido,
se desmaya de pronto como una certeza.
Es bueno alejarse de las luces urbanas
y descubrir aquellas, las luces que hablan;
es más fácil acaso, que develar el alma.
Aunque vasta intimide a veces la pampa,
se olvida el temor cuando el cielo llama:
es Amor que invita a contar las estrellas,
y llenos de noche, buscar los presagios.
Hay silencios sin luna en las noches oscuras,
que al corazón cantan cuando son estrelladas.
Vagan los ojos buscando en lo alto
en espesuras de luz sin fin ni fondo;
y Orión, y el Centauro, ya no se dibujan
sobre el negro plano, sino que se pierden
en la blanca cascada del brillar de astros.
Allí andan imágenes que vienen en sueños,
de la frente fría y ya muerta besada,
y del palpitar de vida en el vientre amado;
del timbre que despierta con el cruel aviso,
y del que tocamos cuando apresura el parto;
mis lágrimas sobre los pies que yacen,
y las derramadas al nacer mis hijos;
la total respuesta y la absoluta ausencia,
la completa ignorancia, y el revelado sino.
Infinitos de luz, tras silencios sin luna,
donde todo comienza o tal vez termina...

HELENA

Castor y Pólux asoman su brillo
sobre el horizonte oscuro.
La mínima gota de rocío moja
los pequeños pies descalzos.
Un rastro vacilante de luz
perfila curvas femeninas
y se adivinan recodos de piel
con sabor a sal marina.
Suave y tierno, espera
el preludio de mariposas amplias,
de ofrecido vuelo fértil,
y clara miel de acacias.
Reino de temblores secretos
y manantiales infinitos,
el imperio de Helena, mortal o diosa,
llama al irracional instinto,
a perderse en mañanas sin defensas,
y desafiar muertes o culpas.
Guerras y sueños se entrelazan
desde inmemorial tiempo.
Ocurrieron en la mítica Troya,
tanto como en la cotidiana flecha
a la belleza que por la calle
o por el sueño pasa y sorprende,
desarmando la mirada atenta.
En la turbia imagen
del despertar del sueño,
despierta la suma del recuerdo,
la unción perfecta de labios perfumados,
y manos unidas de caricia desnuda.
Nudo a veces desatado
del íntimo y elemental deseo,
la inexistencia absoluta
del yo poseído por la piel igual.
Leda llama, y el cisne yace en ella,
en renacer eterno.

AL OESTE

Despojada y celeste, luminosa y clara,
lejana pero cierta, la luz tras el gris
de la tormenta furiosa que ya escampa.
Retornará la oscuridad, con igual certeza,
se anuncia en sombra densa bajo el horizonte,
pero hay esperanza en el poniente límpido.
Así son las horas de la vida. Camadas
de grises y de angustias, con espacios
agradecidos de amables esperanzas.
Mañana, mañana. Seguro que mañana;
milagro renovado a todas las edades,
milagro de ilusión que aviva el alma.
Mañana, amor; mañana abrazo;
después de la noche, luz, mañana.
Siempre habrá música en el alma clara.
Prometida buena nueva de evangelio,
derrámate aun donde pareces lejana,
en el dolor de las miradas sin brillo,
en los antros sometidos al mal o al desengaño,
rincones turbios construidos sobre miasmas
donde pareciera sólo reinar el olvido.
Brilla como estrella mínima pero cierta,
noticia buena, caricia del amor y la esperanza,
para todos, Señor, ¿qué menos?, un mañana.

VUELO

Elegida caricia a los sentidos;
perfumes elegidos, elegidos sabores
naturales y creados. Belleza que se derrama
en elegidos tiempos, cortos como destellos.
Instantes en que la vida sonríe
y el corazón parece bailar sonos alados.
Late, como late el tiempo, implacable,
mas hay un momento en que se oye
al grano de sílice que golpea el fondo
quieto del reloj de arena. Se oye un eco
y el momento se detiene y tiembla.
Estado casi cercano a los sueños,
en que desaparecen todos los deseos
y aparece la saciedad en la mente,
y la piel goza el roce que no debe esperar.
Se abre en surcos como tierra al arado;
se amasa presta, la simiente f ertil.
Pasan uno a uno los granos de arena.
Tiempo. Elegido tiempo. Inexorable.
Lejos suenan acordes, y la piel roza
piel tibia y mariposas de miel  mbar.
Late, corazón. ¡Late! Es hora del cometa,
del inesperado brillo que llega en la noche oscura,
y se lleva el habla. ¡Silencio! ¡ brete instinto!
Un dedo amigo recorre las arrugas
que el tiempo ha ido dibujando en la piel.
Sabe que debajo siempre es joven.
Sólo se siente la brevedad de la caricia,
pero hay eternidad en el instante.
Como en un útero de aromas amables
y acogedora tibieza líquida,
me refugio en la  tima sensación,
y dejo volar los ojos del alma.

ZARPAR

Velero amigo,
mi pequeño velero blanco,
compañero fiel de travesías.
Refugio al que llego presuroso,
ya trajinado el largo día.
¡Ah! qué playas lejanas de cristalinas aguas,
qué pieles amigas, qué caricias perfectas
las que esperan en aquellas islas buscadas.
Turbulento el curso a veces
en tempestuosos mares crespos,
noches oscuras en que el dolor o el temor
amenaza con naufragios.
Siempre se llega a ti con ánimo confiado,
pequeño barco amigo. Abre tu proa
la densa materia de los sueños.
Me llevas hasta el alba
por rutas siempre nuevas
y me separo de ti con pesar
para encarar las mañanas,
y regreso a la hora en que mi estrella guía
en su cenit me llama.
Te abrazo cómodo,
huelo tu conocido aroma,
y me dejo llevar por tu timón,
almohada.

LUCCA

¿Qué cosa cercan los despejados muros
rodeados de ese angosto prado verde?
Entre apretadas calles y plazuelas,
hay tesoros de proverbial belleza.
¿Será ella la misteriosa fuerza
de energía que generara imperios?
¿Aquél tras el consular encuentro
que fundó la Roma de los césares;
o el del oído y el temblor rendidos
ante la música del inspirado hijo?
Ceñida cintura de muralla roja,
aprieta esbelta a la dorada Lucca.
Testigo callado, un ovalado vórtice,
hoy tranquila plaza, ayer arena.
En su argamasa la melodía perfecta
con entrañas de mercenaria sangre.
Distinto a ésta, mi pampa ancha,
donde es difícil pisar sobre pisada,
y tan hondo e infinito el horizonte,
que nada opone freno a la mirada.
Sólo conoce la distancia cual muralla.
Sin ancla y sin destino vuela el alma,
pero anida en el silencio la nostalgia.

21 DE JUNIO

Arena fina y parda
de cañadón sediento,
mojada apenas de matinal rocío.
Calmó a la noche el fuerte viento
que ayer te arrancaba polvo blanco.
Con el sol te secarás de nuevo,
y quedarán hilos de sal que brilla.
Rastros de sed, de hoy, de ayer,
rastros de encuentros y de olvidos.
Al amanecer,
tu breve hora húmeda,
cruzan en mí la evocación, los sueños,
que hoy desbordan en el solsticio frío.
Desordenado repaso del recuerdo
que viene en imágenes y en voces.
El despertar repetido,
el primer resplandor de la vigilia,
y ese deseo de juntar todas las manos;
de que lleguen a una, todas las caricias.
La piel aguarda con sed de arenal,
marcada por los años con surcos de vida.
Allí quedarán, como en la cañada, secos,
los hilos de sal que brotan
con la tibieza del sol que apunta,
o con el desvelo que llega lento.
Se dibujarán caminos de espera,
y la renovada gratitud de las noches,
unirá las elegidas manos en plegaria,
con sutileza de brillos de sueños de seda.

PRELUDIO

¿Cuál es la música que sugiere
tu paisaje extenso, pampa mía?
¿Qué acorde encierra tu cielo infinito,
tras este claro de luz con sombras largas,
y esta aridez que espera en silencio?
La tarde está fría y será corta,
cierro los ojos y te presiento.
Llegará la noche de invierno
y temblará entonces la piel que oye
el preludio nacido en lejanas llanuras,
de alma desnuda, casi alma de mar.
Tiene la pasión contenida,
y el latido íntimo, y la mirada lejos,
y aroma a lluvia fresca en tierra yerma.
Se insinúa y crece, como la lágrima
que se ensancha tras el vidrio empañado
que separa los ojos del horizonte anhelado.
Suena en un corazón que late lejos,
donde el viento despeina el cabello
de bronce de la vibrante estatua casi eterna,
sobre una alfombra de miles de rosas rojas.
Alrededor mío, perdurarán los ecos,
y cuando el piano comience el nocturno,
al menos una estrella cruzará la ventana
a desmayarse sobre el llano espejo negro.

MAÑANA

La luz desnuda del crepúsculo
baña la faz temerosa del alma.
El sol que se esconde tras el horizonte
marca infalible el tiempo y el temblor.
Avanza la penumbra llena de preguntas.
Ya vendrán la noche y sus estrellas,
y acaso traiga la suerte sueños revelados.
Ya cantarán su música los grillos,
callarán sequía, o clamarán lluvia los sapos.
Estarás allí, fiel estrella mía,
junto a los rostros amados.
Entrecierro los ojos y a mí vienen.
¡Cuánta cálida mano amiga!
¡Cuánta voz amable y buena
que ha pasado sin que yo la abrace!
Como pasó el día de hoy con sus horas,
y tal vez pasará el de mañana.
Por más que me comprometa
a bendecir las horas, a anclar la vida,
a besar los labios, y apretar las manos,
a derramar abrazos y sonrisas,
a mirar más las flores y los nidos,
a rezar una plegaria cara al viento...
Despertaré al alba. Mañana, al alba.

EL CLAVO

Está frío y pesa mucho en la mano,
mas no es eso lo que llama la mirada,
ni la arenosa tierra que lo ensucia,
ni el óxido que, rojo, lo corrompe,
ni ese perfil torcido, ni la punta
ya casi inútil, ya roma, ya roída.
No es la uña ya deforme para anclar
un grueso riel de acero a la madera.
Tampoco es la férrea entraña mineral,
ni el espacio gastado en el quebracho
de ese duro durmiente centenario
del que cayera ayer, como vencido.
Es imaginar el tamaño del martillo,
el rudo golpe, el arduo esfuerzo
del solitario inmigrante golondrina
con hambre urgente y sueños anchos.
Eso es lo que impone.
Como también imponen
otros sueños de una patria grande
que invadía con vías el desierto,
aquella inmensidad de nada y cielo
que luego los devolvió hechos trigo.
En este despojo del tiempo, que rescato,
se hermanan el brazo de un hachero,
con otros en hornos de carbón y hierro.
Es un testigo singular de todo un siglo,
y tiene alma de ilusión, alma de gesta.
Miles de destinos confiaron sin saberlo
al rodar sobre su quieta nimiedad de clavo.
También lo hizo, un día lejano, el mío.

CLAROSCURO

La Vocación de San Mateo (Caravaggio)
San Luis de Los Franceses, Roma

Ya la mano que se extiende.
Ya el dedo que señala, azar o juicio,
desde un rincón oscuro elige.
Los dibuja un haz de luz oblicuo,
una celestial fuente lo enciende.
Juegan los hombres sus inocentes
juegos, trabajan en sus normales días,
juegos y afanes, al cabo, no difieren.
A uno de ellos el llamado llega,
justo a quien parece no advertirlo.
Así cambian sin opción los sinos.
Así son los claroscuros de la vida:
entre luz y sombras, va el destino.
Plasmó Caravaggio el de Mateo
en el cuadro que, casi escondido,
cuelga en la capilla de una iglesia.
Así eran su vida y sus pasiones.
Él buscaba el esquivo paraíso
y golpeaba las puertas del infierno.
Pudo la fe guiarlo en sus visiones,
mas ciego por instintos bajos,
supo también, estar arrepentido.
El pintor imaginó en la mano el gesto
del señero instante del designio,
porque es su instrumento cuando crea.
Él también, a su manera, fue elegido.

OLVIDOS

Corrompió el óxido o resguardó el museo
las bayonetas francas y los hispanos yelmos.
Crece en Waterloo la verde hierba fresca,
labran los llanos de Marengo y de Pavía,
y mientras suena música en la ópera de Viena
ya no hay sables turcos brillando en las colinas.
Tampoco atruenan los cañones y granadas
y cantan pájaros del bosque en las Ardenas.
Apuró la historia sus páginas en esos sitios,
y fue acaso alterada la ecuación del tiempo.
Mas lo que es apenas experiencia de viajero,
troca en temblor si ocurre en nuestro suelo,
y vibra el alma, como al sonar de Aurora,
o al ver izar al tope del mástil la bandera.
En las barrancas de la bajada del Rosario
un sencillo paño celeste y blanco fue jurado
una señora tarde de febrero por Belgrano.
Un hábito prestado fue luego su mortaja
y sólo un reloj su único legado. ¡Ah, olvido!
En Tucumán, Salta, Suipacha, La Tablada,
aún suenan las batallas, los gritos y los ayes,
se oye el clamor de la sangre derramada.
Aún cruzan el gran río en el Diamante,
para batirse en los campos de Caseros,
y es testigo un austero convento de la carga
en el campo de la gloria, de quien no temió
a los Andes, y también amortajó el destierro.
Se inclinarían a la Patria tres imperios,
pero a diario nos derrota el del olvido.
¡Cómo se acrecienta la impagable deuda,
oh, vergüenza, conforme pasa el tiempo!
La memoria es el sabio refugio de los viejos,
y somos, dulce tierra, niños que crecen lento.

VERA CRUZ DE LOS TEMPLARIOS

Pasó la noche en sepulcral silencio
en el recinto del misterioso edículo.
Eran doce los jóvenes guerreros
que velaban las armas. Así decían
al ejercicio de desnudar los miedos.
No sabían si en aquellos raros signos
que veían en los viejos muros
habría alguna clave que descifre
los intrincados laberintos del tiempo.
Deberían abandonar allí los sueños,
el fresco amor por las doncellas,
la fogata en el hogar paterno,
la protegida ilusión de la muralla.
Pasada el alba, ya rojas las rodillas,
duras de frío las manos y las almas,
ajustarían las armaduras de acero,
y ya agotados los rezos, partirían,
a batir infieles y arrojar los dados
con que el destino decidiría las suertes.
Buscarían el sol, apurando el día,
cubrirían de afán de gloria,
y de ciego y joven brío, el duro
fin humano que espera inexorable.
Seguirán otros ojos buscando
en los extraños símbolos el orden
entre el simple azar y los designios.

HUELLAS

Casi borrosa en la distancia,
la mujer de figura esbelta
se aleja hacia el sol poniente.
Camina por el inseguro trazo
del límite entre el mar y la tierra.
Deja en el aire un sutil aroma,
y quedan dibujadas estas huellas
de los perfectos pies desnudos
en el límite en que la arena blanca
se empapa y alisa sedienta.
Allí la mínima escalera de los dedos,
allí el talón pequeño, el suave arco,
se llenan de murmurante espuma
de la ola que llega, ya mansa,
y acaricia, atenuando su sonido.
Los ojos recorren los bordes
de los delicados trazos antes que la brisa
o el mar borren sus perfiles. Sugiere
su curvatura la sensual y tibia piel
de la cintura que ya desaparece
en el horizonte. Un instinto ancestral
percibe las señales insinuadas, efímeras.
El silencio estalla y el tiempo se detiene
en lo que dura un parpadear.
Hay apenas un olor dentro del olor a mar
del que sólo quedará la sal.
Una leve cosquilla en la yema de los dedos
dice que hay piel que piensa en piel tibia.
Agradecida virtud de la mirada que otra vez,
descubre o imagina, tenaz, a la belleza,
brillando dentro de la declinante luz
de esta tarde azul de estío.

NOCHE DE SAN JUAN

Rompe el íntimo silencio
el crepitar de chispas que se elevan;
las llamas juegan y se ondulan,
ascendiendo desde el corazón
de la rabiosa brasa ardiente.
La fogata es misteriosa y bella,
porque la noche oscura la hace bella,
tal como el frío a la tibieza,
o el crudo dolor a su ausencia.
Consecuencias de opuestos
que atrapan el alma sin sentir.
Pasarán las memorias ancestrales
en los caprichosos dibujos y arabescos de luz,
en el rito de quemar los sueños o las culpas,
de renovar solsticios o amaneceres.
La madera vieja y seca, otra vez viva,
entregará en su final orgía,
la belleza mágica del fuego,
hasta ser sólo ceniza, y regresar,
como ofrenda última a la tierra.

POMPEYA

Ya Tito reinaba en el imperio
cuando un día, como cualquier día,
estalló en ira la montaña, y la ceniza
cubrió con furia el miedo ya sin vida.
Imagino pies que transitan los mosaicos,
a los que ya no les importa el tiempo.
Recorro las prolijas calles y palacios,
presiento el vapor tibio de los baños
y el diverso placer en los burdeles.
Era, acaso, una piedra como ésta
la que dio aviso que hondo allí yacían
las intactas pinturas, las gastadas huellas.
Guiaba un labriego la trabajosa reja
que chocó de pronto en algo duro.
Supo el ojo que no era sólo roca,
y quiso el destino que sepultó Pompeya
proceder así al indulto de sus ruinas.
Allí nos mira el Vesubio indiferente;
otros hombres construyen nueva vida
en su misma falda, a propio riesgo,
con un inocente desafiar las horas.
En su vientre profundo, vibra en risa
Vulcano, que con su variable humor
sigue jugando a los dados su partida.

BEETHOVENPLATZ

En la plaza, ya cae la noche fría.
El genio de Ludwig observa
desde el imponente bronce.
Cruza con paso vivo y gesto adusto
un músico portando su instrumento.
Hay rutina en sus ojos solitarios,
acaso, por amores frustrados,
angustia de ser o gris nostalgia.
En el concierto vestirá sus galas,
y por un rato, cerrados los párpados,
los vales cambiarán su rostro.
Acariciará la noble madera
con delicado amor de hombre,
moverá con elegancia el arco,
y todo lo dirá, en bellos sonidos.
En su mente desfilarán los sueños,
esas ventanas abiertas a la luna,
que suelen dar resplandores al alma.
Tarde, a la noche, desandaré el camino,
y lentas de tedio transcurrirán las horas,
como siempre, hasta el siguiente día.
Caminará al concierto nuevamente,
y esos instantes breves justificarán la vida.

BARRO

Con hombros cargados de pesos ya livianos
y el ánimo gris mas mirada aún curiosa;
con oídos atentos
y un temblor presto si la melodía sorprende;
con un par de libros fatigados,
ajados como la memoria,
más ignorante cada día,
vengo a irme más sabio sólo en la caricia.
Con la piel que desde siempre espera,
ya surcada por desniveles del tiempo,
y el corazón más grande, si acaso herido,
vengo a reposar en aquel banco de ebanista
a ser formón, gubia,
madera oscura de cepillo,
pulida de uso, nota infinita
de empuñosas manos, ya sin aristas,
prisma de fría base de metal
que asoma su hoja de viejo acero
y aguarda el olor a cedro con ansias de virutas.
Vengo a ser huso, ser rueca,
ser lisa manija de la puerta, bruñida aldaba,
ser vieja mesa del encuentro, transitado piso.
Si acaso solitario, farol en una esquina.
Si piedra, no áspero granito inaccesible,
sino canto rodado, gastado por el río,
o ágata en las manos de un niño
que juega a la payana,
o milenaria muela de molino.
Materia ser, instrumento de artesano.
Barro ser, en manos de Alfarero,
y si al fin cenizas, Señor,
luz, abono, hierba.

VISIÓN

Con sabor a miel de acacias,
apareció la mano suave
mitigando el dolor inaugurado,
luego supo repetirse esa caricia.
O tal vez serán los sueños
que la saben cercana,
y desde un terco prisma,
la memoria proyecta un holograma:
una pequeña mano
que sostiene un cigarrillo,
y tras las volutas de humo,
un hondo espejo fiel
de transparente aguamarina,
enmarcado en una breve cascada
de brillos ambarinos.
En el aire, hay una voz,
como un perfume de gardenias.

LA ENCINA

La raíz de la encina trasplantada
bebió, como la lengua,
dulzuras que no conocía,
en la ubérrima tierra de las pampas.
Venía llena de respuestas y desembarcó
en estos horizontes vastos,
en que abundan las preguntas.
Crece lento la encina, con ansias de bellotas,
y parece confundida en su sorpresa
porque se siente grande, pero le faltan siglos.
Es muy frondosa, pero no tiene hondura.
Evoca su agrisado verde
una España cejijunta, de manos fuertes,
de puños apretados, de guerreros duros,
con rostros esculpidos a semejanza del terruño,
de almas hondas de pensar estrecho,
de honor al nombre, al porque sí de la palabra.
Así veo a mi abuela cargada de lutos,
a un maestro de altivo rostro visigodo,
con su cayado adelantando el paso seguro
por las estrechas y empinadas sendas,
veo un sereno en la ciudad de noche amable,
con más llaves y refranes que estatura,
veo un cochero, veo un viejo que imagina
explicaciones dudosas a figuras medievales
insinuadas en gastados capiteles de un claustro.
Todos con sonrisas pequeñas y recuerdos anchos,
que al llegar a América mutaban en silencioso
empeño de olvido, en ansias de suerte nueva.
España árida, sedienta, piedra llena de historia
y de diásporas de las que queda
apenas un puñado de testigos.
España de fruncidos ceños,
de existencias tras las trincheras de la vida,
de dientes apretados y de acento duro,

con sentencias antiguas para todo,
con más fe en sí misma que mirar curioso.
España que tal vez ya ni existe.
Remolinos de verano, resplandores fugaces,
rescoldos que se van apagando en mi memoria,
mientras en los retoños crece una memoria distinta,
mestiza, americana.

SÍMBOLOS

Un menhir saluda al sol y proyecta su larga sombra.
En las paredes de roca de una perdida cueva
hay milenarios rastros de manos estarcidas.
Una inmensa estatua tiene cuerpo de león y rostro de mujer.
¿Qué misterio conecta tan diversos símbolos?
Aquellos hombres tenían los mismos miedos
y muchas de las mismas preguntas.
Saludamos el amanecer de cada día,
tememos la oscuridad, el dolor, lo desconocido,
bendecimos la lluvia, el cotidiano pan,
el lazo de los padres y los hijos.
Acaso es ese el hilo que nos une.
Hoy sabemos por qué una flor descansa
frente a un sencillo retrato de familia,
por qué se lleva un anillo de oro en el dedo,
o se pone una rama de olivo tras una cruz de madera;
por qué se moja y unge la cabeza de un niño,
o bendice el agua la oscura madera de un féretro.
Sin embargo el significado de alfa y omega
que se inscriben en el cirio, es grafía
que apenas comprendemos de una lengua muerta.
En estos breves versos, algo que desconozco, pero me contiene,
me dicta nuevos símbolos, que tal vez me resumen.
Así será hasta que el mar del implacable tiempo
cambie por otros este momentáneo alfabeto.

LA FE

Premonitorio,
el mar ya había advertido
al llevarse el mínimo guijarro blanco
engarzado en simple plata.
Aquel mudo testigo de la acrópolis,
era un pequeño testimonio
conservado como un símbolo.
¡Ah! Vanidad, que buscabas la rosa
y allí estaba esperando la azucena...
No había fluir de ríos, ni diálogos,
ni tragedias, ni epopeyas, ni sentencias,
no había equilibrios o poesías,
ni rebuscadas dinastías,
ni secretas claves o cálculos perfectos.
Todo había sido vana, estéril búsqueda.
Cuando el pecho estalló feliz de dicha,
y la emoción brotó en lágrimas;
cuando llegó el desgarró del dolor
ante la muerte inesperada,
o el temor cercó la mente, oscuro;
doblada cayó la soberbia hincada,
y volvió el alma su faz buscando
lo que conocía el inocente niño.
Supo la plegaria brotar de la memoria,
intuyendo la única luz
en un idioma aprendido con los genes.
Eso es la fe.
En un recodo estaba aún encendido su pabilo.
Lo supo la lágrima, lo supo la rodilla,
lo supo la frente que se inclina.
Por eso zarpó hacia el viaje al infinito,
el salmo de esperanza, entre las manos frías
que buscarán al Pastor de prados verdes.

LAS CARTAS

Dobladas,
como barquitos de papel,
venían las pequeñas palomas blancas.
Llegaban tímidas, recogidas en el sobre.
Se desplegaban con cuidadas ansias
y un suave aroma perfumaba su faz,
donde prolijas letras prometían amores eternos.
Era dulce sostenerlas bajo la almohada
entre los jóvenes dedos inseguros,
leerlas y releerlas en rincones solitarios.
Acompañaba y persistía aquel perfume,
y las letras se hacían sonidos de voz amiga
en la hora del viaje hacia los sueños.
Tan desnudas y simples, tan fuertes,
las cartas disimulaban sin esfuerzo la distancia.
¿Adónde fue aquel trinar de alondras,
el anhelado timbre del cartero,
aquellos silencios que todo decían en papel?
Será tal vez que yo no entiendo
de estas letras minerales, de pantallas y teclados,
de nuevos códigos, de otras urgencias y esperas,
que me pregunto el destino de esas cartas.
¿Adónde fueron?
¿Adónde fue el bordado pañuelo,
adónde fue la flor, adónde el pétalo,
o aquel sencillo ramo de tréboles secos?
¿Adónde fueron?

SEQUÍAS

Transcurría el viaje del sueño sin sorpresas,
y se fue apagando con las horas.
En dudosa vigilia, desde un rincón profundo,
acechaba el tiempo sin nada, hueco,
tan sólido y palpable como antes las imágenes,
las sensaciones y las cosas.
¿Predecirá siempre así el vacío plenitudes?
Yo sé que es más verde el verde
después de las sequías,
más limpio el aire después de las lluvias,
y más fuerte el aroma a tierra húmeda,
si tuvo la desesperación de estar sedienta.
La noche tenebrosa desnuda a veces
brillos nuevos en los amaneceres,
y es más dulce el amor después del miedo,
más bello el paisaje descubierto,
el ojo más atento y el alma presta.
No damos a la angustia bienvenidas,
pero si después de las carencias
sobrevienen resplandores,
bendeciremos renovados la esperanza,
y la cosecha nueva cubrirá con creces la perdida.

MAR Y LUNA

A Vivetta, amiga, hermana

Luna.

Luna llena que besa
los cerrados párpados,
sin historias, sin memorias.

La misma luna de Shelley,
la misma que dibuja brillos blancos
en el borde de espuma de tus olas,
lejos.

Viste en ellas irse primaveras,
y en tu poema rumoroso,
como una honda marea,
flecha profunda al sur,
agitaste algas australes,
y hasta mi mar seco y llano,
llegó la tibieza amiga,
la mano abierta,
el pulso.

EL MISMO

Yo soy el mismo
cuyos inseguros pasos
gastan en cotidianos ritos
las horas, las baldosas, los zapatos,
ahogado en solitarios silencios,
sediento desde siempre de caricias.
El mismo que siembra y que cosecha,
que cuenta inundaciones y sequías,
y repetidas metas y fracasos.
El mismo que es hoy, también,
esta pausa indefinida,
cuando tejida como por una araña mágica,
una trama sutil de aromas,
el reflejo inesperado de las cosas en el agua,
la brisa, el verde nuevo descubierto,
el recuerdo, la imagen confusa de los sueños,
vienen a mí y me sostienen en su red de brillos.
Luego se quiebra esa quietud del alma,
y queda sólo esto. Espacios y palabras.
Tiempo que tiembla y que se ensancha.

SÓLO PIEL

Blanda y tibia,
la piel sin nombre acaricia mis manos,
ofrecida.

Suave y tersa, tal vez joven,
piel de labios trémulos,
protectora de sueños elegidos,
brillo sin voz,
desconocida mía.

Se fue la noche oscura,
volví al vientre,
saciado como antes del principio.
El canto del pájaro desnudó el día
y entre un leve resplandor,
desperté de pronto
con una sonrisa agradecida.

LUCERO

Fue precisa la lágrima,
y el dolor, y la plegaria,
y la pregunta sin respuesta,
para que el ángel de antaño
alcance su mano protectora.
Y vinieron los lejanos camaradas,
los del lenguaje íntimo y amable
al corazón que simplemente, espera.
El tiempo se hizo denso,
con destello aguamarina,
y la sensación de hermandad
solvió la carga y fue sonrisas.
Luego el recorrido de ciudades,
de planicies con extensos cultivos,
el filo de montaña y el valle amplio,
hasta la casa, el nido, que se abrió
como al hermano que se aguarda.
La despedida fue extraña.
Algo se fue, y al mismo tiempo quedó en mí.
Sin saber, sin pedir, sin pensar.
Un lucero suspendido en el alba.

UNA VELA

Vida.

Luz que titila
en medio de la noche oscura.
Sólo a veces descubro tu fuego,
ondulando con ritmo vacilante.
¡Ah! ¡Ser pabilo y no saberlo!
Desde lejos, intuita,
otra luz que abarca todo,
de la que esta sombra tenebrosa
es apenas un matiz de grises,
nos abraza, nos contiene.
Como un sideral parpadeo,
es sólo espera infinita,
y en su entraña late,
late todo el tiempo.

HIJA

iA volar, pequeña alondra!
Ya, mueve, empuja el aire con tu joven fuerza,
que en tu aliento va también mi vida.
Yo sé que en tu aleteo crees infinito
el devenir de primaveras,
pero si acaso te acosa la fatiga,
no desmayes, no vaciles,
cuando sea preciso volverá la fuerza,
y si alguna vez el tiempo
despinta el primer color buscado,
cierra los ojos y recuerda tus sueños
y trae a la memoria aquellas primeras primaveras.
A veces es preciso resoñar los sueños.
Ama amar, ama el viento en tu rostro
y los surcos de la vida en el alma.
Recuerda siempre que fuiste
el anhelado sueño hecho carne trémula,
que por ti brilló la lágrima más bella,
la que henchida en gratitud
lavó la piel por dentro, blanca,
siendo sólo tiempo detenido. Revelado tiempo.
Vida nueva entre las manos abiertas de Dios.

NOCHE

Frío,
fría la noche del otoño nuevo.
Seca ya la mies e hincada la semilla
que aguarda en polvo el matinal rocío.
Noche fría.
Desprendida de un rescoldo
sube una chispa a las estrellas.
Se va, como otra cosecha, lenta.
Esperanzas que se cuentan una a una.
A ciegas, se siembra.
Fiel espera que, cual la fe,
junta el alma al cirio.
Llama y agua, parpadeo en la tiniebla.
La voz resuena en el oscuro templo.
Es vacío que grita en el silencio.
Vendrá el sol que preanunció
el poniente rojo.
Vendrá la luz, el viento tibio.
Pero hoy, qué frío.
Qué solitario frío.

A MARÍA PÍA MONICELLI

El tiempo se desliza para todos.
Sin embargo, no es igual el modo
de caminar un valle, o de mirar la luna,
de temblar ante un niño con pies sucios,
o un árbol herido por la máquina.
Hay quien sonrío al color de cada pájaro
y descubre en ellos miradas amigas.
Hay quien juega al ajedrez de las cifras,
y descubre misteriosas fórmulas.
Hay quien discurre el modo de gastar las horas.
Hay quien sabe enriquecerlas.
Todos sabiendo o sin saberlo,
buscamos un espejo para interpretarnos.
A María Pía le fue dada la metáfora.
Su sentir se viste y se completa con palabras.
Todos los días, las palabras la buscan,
la bañan, la acarician, y se le rinden, mansas.

EL MENSAJE

Hoy voló el poema.
Se fue como un pájaro aleteando
entre las páginas del libro,
con ese olor único a papel nuevo.
Se abrirá como un mensaje encerrado
en una botella arrojada al mar en un crepúsculo.
Cuando lo abras muchacha, en otra playa,
no dudes que fue escrito para ti;
que alguien sueña con tu íntimo temblor,
y admira el brillo de tus dientes de nácar blanco.
Que oye arrobado tu voz cuando cantas
o susurras en la penumbra solitaria.
Es quien sostiene tu mano para señalar
las estrellas preferidas,
y justifica el retorno del alba.
Quien aborda contigo las cotidianas porfías
dibujando senderos de esperanza.
Eres tú misma, casi, con otro nombre.
Tal vez llegará a ti en borroso sueño,
el sonido de mínimas campanas
que suenan dentro en la elegida noche,
encendiendo tibios candiles
en el oscuro túnel de los miedos,
y comulgarás en lo profundo del alma.
No busques la pluma ni la mano
más que en tu propio espejo.
Mírate bella como un amanecer
y percibe dentro tuyo la dulce compañía.
Habrás tal vez, volado como un pájaro,
y el lejano mensaje será en ti fértil.
Habrás liberado al genio de su lámpara.
Entonces tú, serás un poema nuevo.

LA LAGUNA BLANCA

¿Qué luna se reflejará esta noche fría
en tu liso espejo de sal seca?
Dirás laguna si mostrará tu páramo
los brillos más amables del alma,
o si cansada de esperar la lluvia
sólo revelará la sombra esquiva.
Entre la furia del viento que te barre,
tendrás también, espejo blanco,
hondos vórtices con rencores recónditos.
Tus preguntas sobre infalibles relojes
que sentencian, yacerán pacientes,
y esperarán la faz llena de la luna
sin develar los miedos que encierra
la verdad final en un lacrado sobre.
Así, dejarás volar la mirada a la belleza,
seducida por reflejos rosados de flamencos,
por cortos ratos de inefable calma,
y allí, entre la turbia grisedad,
súbitos dorados de la tarde. Casi nada.

EL ORÁCULO

Sí. Podrás ver los paisajes más bellos,
y verás la luz tras horizontes infinitos,
y percibirás el olor a sal marina
y el murmullo repetido de las olas.
Conocerás el temblor que producen
el acorde perfecto y el aroma que sorprende,
mas con sed de caravana en el desierto
no cesarás de buscar en los oasis
los rincones amables al alma
donde reposen los pies de peregrino
y creas adormecidos los fantasmas.
Sabrás de la virtud que olvida temporales
y calla agradeciendo los sucesivos indultos
y ansiarás el arrullo de caricias,
las que sin conocer pudor llegan sin avisar,
sin pedir, sin conceder, las que someten
al ser que solamente espera ser poseído.
Entre luces y sombras, perseguirás los brillos
que fundan los recuerdos que se atesoran,
las murallas del corazón,
los refugios seguros en las noches oscuras,
las dinastías de campanas
que son brisa, tibieza, manos suaves,
abrazos que contienen, y a veces,
son mágicos partos del poema.
Buscarás de dónde viene el eco,
de dónde esta voz y su sentencia,
y lo intuirás al buscar tu mirada en el espejo.

MAESTRA

A Tita Lojo, mi maestra de primer grado

Una voz
suave como ayer, hoy,
cercana en la distancia,
ley de lo entrañable.
Una voz que me lleva al tiempo
en que nacían los recuerdos
y aprendía que un gesto tierno
empuja las tormentas,
y conocía la bendita condición
del sembrador de paz.
Elegida en mi memoria,
entre los encuentros que da la fortuna,
ella, la primera.
Aprendí a escribir mi nombre a diario,
un modo de aprenderme, como hoy es el poema.
Tal vez por eso tiene magia el recuerdo.
Lejos, dibujada con trazos inseguros,
la evanescente figura del niño que fui
regresa del ayer y va a ella con una flor roja,
sostenida con una mano pequeña
y otra surcada por el tiempo.
Es para usted,
maestra.

EL RELOJ

Los años han escrito en claroscuros
sus misterios en una tabla de cedro
surcada de vetas y de heridas.
Hoy corona el mueble que sostiene
un cofre abierto donde yace
un reloj con su cadena. Lo adornan
dos monedas y una inscripción que reza:
"Amigos hasta el fin del tiempo",
y nuestros nombres en prolija letra.
Giran y giran las dos manecillas
su desigual ritmo implacable
y custodian como espadas fieles
el tesoro en palabras prometido
de la amistad eterna y valorada.
Los nombres serán olvidados
y nadie sabrá de esta añoranza
de encuentro repetido y cercanía.
Tal vez cesarán su empeño las agujas,
mas en ese símbolo que encierran
el gesto, la palabra y el objeto,
alguien recogerá el mensaje, agradecido.
En toda piedra gastada y sin aristas,
siempre se puede ver correr el río.

EN EL CERRO

Tal vez fue la gratitud la llave
que abrió las puertas del muro de cristal.
O el esfuerzo paciente de subir la cuesta
llevando el peso de los grises
con la ilusión interminable de los brillos.
O la sombra, o el frío, que cobijaron la plegaria
de fatigados peregrinos.
Entre el rumor de pájaros y miles de miradas
apareció la mujer de gesto humilde y luminoso.
Fue fácil percibir lo diferente.
Oí decir la palabra "santa",
con resonancia milenaria,
y vi lágrimas y oí silencios desbordados.
Luego fue el rezo compartido,
y el desfile esperanzado ante la mano
que tocaba el hombro.
Después caer. Sólo caer al todo o a la nada,
más lúcido que nunca,
y regresar sin haberme ido, absorto,
como un recién nacido
que percibe el seno tibio que así acoge.
El seno tibio de la vida, luz,
una inefable señal
a estos ojos míos limitados e ignorantes.

SI TE VAS

¿Adónde vas poema,
cuando las sombras llegan,
y este velo sin nombre opaca
los sentidos?

Te vas como se esfuma el horizonte
cuando cae la noche oscura
entre nubes que cubren las estrellas,
y no se oye ni el silbido del viento,
y todo es silencio,
y queda esta soledad
poblada de fantasmas,
que sólo sabe esperar la luz
en el desvelo.

Si te vas, poema,
se irá tal vez también
el brillo tibio en la mirada.
Yo te buscaré en la estrella
que inevitablemente calla,
te buscaré como a cabellos rubios
en las hojas de cinacina
que mece suave el viento,
en el silbo de las casuarinas altas,
en el rabioso olor a vida de la lluvia.
Te buscaré en el agua,
que me refleja el rostro
sin la marca de los años
y me acaricia la piel
que no sabe de tiempos y naufragios.
O rozaré lo que tocó una mano bella,
y aunque después lo olvide,
te buscaré en el sueño,
en repetido rito de esperas blancas.

SEMBRADOR

Cual un sembrador que a la semilla
abre los surcos en la tierra yerma,
como si el rito de sembrar le fuese eterno,
yo buscaba en las noches ver los brillos
y en los días encontraba sombras.
La vida ha cobrado sus impuestos:
una tenue espesura ya ha cubierto
el rastro evanescente de la herida.
Así pasó el dolor, y la templanza
parece, casi, necedad de olvido.
Qué misterio esta ceguera humana,
que sólo me deja valorar lo bueno
cuando está a punto de ser perdido.
Caprichos que ha jugado el tiempo,
hasta que un día pude ver lo cierto:
nunca fui el mar, jamás el cauce;
creía ver el río y yo era el agua.

OTRA MAÑANA

Enciende lenta sus luces la mañana.
Los pájaros ensayan el canto de su especie
con desigual instinto primigenio.
Se llega a la costa del naufragio de la noche.
Me reconozco.
Casi al mismo tiempo reconozco tu calor cercano
y para saberme lúcido, intento una caricia suave.
Luego el repetido rito de acciones siempre iguales,
y una soledad que se disfruta
como la brisa fresca de las primeras horas.
El día se puebla de noticias,
de amenazas, de cotidianas fatigas estériles,
Flota en el aire el polvo del tiempo
esmerilado a las horas valiosas.
Se busca el afecto donde es esquivo,
y se asume perenne el próximo.
Intento como el poeta, distinguir las voces de los ecos
y como un pobre y fracasado buscador de oro,
apenas las encuentro en un par de frases,
o en el apreciado gesto de algún amigo bueno.
Regreso al primer instante del día,
con el deseo de preservarlo.
Un colibrí, frágil, que ayer casi moría en la sequía,
festeja la simple maravilla de la lluvia
y su explosión de verdes y de flores.
Dos suiriríes juegan su amorosa danza
sobre una rama del abedul ya seco,
y en sus destellos amarillos,
relatan como una parábola el misterio de la vida.
Todo a la vez es tan simple
y tan fácil de perder en el laberinto de la mente.

¡Buscar la claridad de la mañana ahí...!
Cuando la luz se apaga y el sueño nos lleva,
o nos atrapan las horas y sus sombras.
Tal vez jugando inútilmente a enhebrar palabras.

GORRIÓN

Vienes y cantas.
Golpeas con el pico
en mi ventana alta.
Yo no sé qué buscas.
Si me llamas,
si me pides,
si tu canto dice algo.
Sólo sé que alegra el alma
tu ser inquieto.
Sentado en mi sillón
miro sin mirar
a modo de gastar las horas.
Tú pareces desgranar
los misterios del tiempo.
Te vuelas, amigo,
y te llevas en tus alas
este instante solitario.
En tu vuelo,
llévate contigo
también mi canto mudo,
confundido con el tuyo,
a otra ventana.

LAURA

"Venecia de cristal y crepúsculo"
J. L. Borges

La tesonera piedra busca el sol
huyendo del musgo verde
que abraza sus pies fríos.
Se oyen pasos infinitos:
algunos saben, otros ignoran
que presencian su propia paradoja.
Entre los jardines mágicos
de la ciudad eternamente efímera
hay dos ojos escondidos,
íntimos, como debe ser la belleza.
Son pozos de agua clara,
de mirada profética y voz
que habla con acento cantarino.
Hay dos manos bellas
que mostrarán caminos
hacia donde se ve la luna llena
y la memoria regala
los sabores añorados de tiempos idos.
Esa imagen se buscará en los sueños.
En el aire dos sílabas de un nombre
evocan a Petrarca y sugieren estas líneas.

SUEÑOS ROBADOS

Cual cascadas de amatistas
germinaban los sueños
en estallidos de luces y reflejos
con cegadores resplandores.
Despertar luego era internarse
en las penumbras del día
y las grisedades de la ausencia.
Cerraba mis ojos siempre presto,
entregado a la aventura de la noche.
Buscaba los rostros
que me habían visitado en la víspera
y que deseaba cerca,
pero el paseo nocturno
estaba lleno de sorpresas,
de inesperadas pieles tersas,
de voces, alguna vez de gritos, fuego,
desnudos despojados de vergüenza,
recorridos de montañas, selvas
que jamás me vieron.
Las noches duraban siglos.
Me las ha robado el tiempo.
Algún día, sin que me dé cuenta,
entró el tiempo, ladrón ladino.
Abrió la caja y se llevó todo:
los ojos de esmeraldas,
los de clara aguamarina,
los de zafiros azabache,
las bocas de rubíes y topacios,
los vientres con brillo de oro,
las infinitas espaldas,
las redondas voces de plata.
Después las voces callaron.
Alguna vez oigo como un eco.
Sé que volverán, por eso
regreso al sueño atento.

Mientras, he aprendido a inventarlas
en la vigilia, en el amor,
en algunos ritos cotidianos.
Otras veces las busco en el poema.

POEMAS PARA ROSANA

TREINTA Y SEIS CARTAS

Creí conocer todos los paisajes
y saber los rincones secretos del alma.
Sin embargo en aquel paraje
sencillo y cálido, estabas vos.
Eras extraña y sorprendente.
Joven, como la juventud perfecta;
pero había en tu voz y en tu mirada
la serenidad del mar en calma.
Honda, como la fe profunda,
tus palabras eran breves, pero sabias.
Fue en noviembre,
y convertiste mi vida en primaveras.
Sentí que te veía con el fondo del ser,
que te adentrabas en mí,
no como un invasor tempestuoso,
sino como la verdad que llega revelada.
En instantes te supe para siempre.
Treinta y seis cartas,
y otros tantos viajes a verte y a quererte.
Hasta unirnos ante Dios.
Viajamos, despedimos seres amados,
recibimos los hijos con amor inmenso,
tuvimos miedo y plenitudes,
solos y lejos de todos.
Dos y uno.
Siempre es noviembre, primavera.
Siempre se anhela eterna tu tibia mano cerca.
Lo más importante dicho en silencio.
El misterio de la vida justificado
en la maravilla de tu encuentro.
Cada momento es una plegaria agradecida.
Dios está en vos.
En tu amor. Simple. Amable.
En paz con cada mínimo ser.
De perdón fácil. Perfecta y justa.

Siempre primavera ante mis ojos.
Como en tus treinta y seis cartas.

NO LEAS

No. No leas mis poemas.
No aprendas mis palabras vanas.
Tomá mi mano y enseñame
la senda hacia tu luz amiga, la distinta.
Mostrame las flores amarillas en el trigo,
y las violetas que te gustan tanto.
Yo llevaré tus ramos.
Enseñame a mecarme con las olas de espigas,
a tocar la textura de sus finas barbas,
a contar las filas de sus granos blandos,
así aprendo con vos a amar la tierra
y su simiente bendita, agradecido.
Vamos a buscar tus moras rojas,
a ensuciarnos las manos al comerlas,
y reír frente a frente hasta cansarnos.
Mostrame los nidos
y sus pequeños habitantes.
Contame sus nombres y colores,
así aprendo cuáles son sus trinos.
No leas mis poemas, no hace falta.
Vos sos el mejor poema.
Enseñame dónde será la aurora
en tu horizonte vasto.
Dejame ver la luna reflejada en tus ojos,
y el brillo de tus dientes en tu sonrisa enorme,
ese espejo claro del alma.
No leas mis poemas. Vos sos el mejor poema.
Tu sabiduría simple es la que anhelo.
No esta angosta de letras y palabras,
que no me alcanzan siquiera,
para decirte mi amor cada mañana.

ZINNIA

Una flor. Sólo una flor morada
que me traés entre tus manos.
Me describís la maravilla de sus pétalos
múltiples. La olés, la tocás, la ofrecés.
La defendiste de los insectos enemigos
que la acechan de noche.
La has observado abrirse lenta,
la regaste y la cuidaste,
tal vez le hablaste en silencio.
La cortaste para explicarme sus colores,
y esas cualidades que conocés,
pero yo no sé distinguir.
Así la hiciste distinta y única
como a todas las mínimas cosas que te rodean.
Mientras, te brillan los ojos,
asombrada como un niño,
con la sorpresa contenida de la creatura
agradecida de la bondad divina.
Zinnia. Una flor que te hace flor
abierta entre tus manos,
hacia mí extendidas.

MADRUGADA

La oscuridad presiente el matinal lucero,
y la madrugada abre la puerta a la vigilia.
Lentamente se va la noche sin memoria
y despiertan la sensación de respirar y las imágenes.
Se alertan uno a uno los sentidos
y llegan los recuerdos más remotos.
También, como un enorme abismo,
se abre el miedo del mañana,
del dolor, de la nada.
Buscaría a Dios si acaso fuera
dueño de mi mente en ese instante.
Pero estoy solo, casi inconsciente.
De repente, te sé al lado y estiro mi mano
como un niño que busca a su padre,
y así encuentro la conocida piel tibia.
Ahí. Siempre ahí. Elegida y fiel.
Compañera en la luz y la penumbra.
Más yo que mis entrañas.
Te veo dormida como un ángel,
te beso y te llevo dentro mío, tras los párpados.
Arco que me impulsa en silencio hacia tu paz.
Hasta que se abre el día.

AGUA MANSA

¿Qué es lo que te hace ser de seda blanca?
Agua de mar sos, pura y cristalina,
mansa y serena como un espejo.
¿Cuál es el divino misterio que te guía
y hace casi eterna tu calma y tu palabra?
Llevás tesoros en el alma clara,
y es tan recta como una flecha
tu decisión ante la humana duda.
No hay espasmos, ni carcajadas hay,
ni bailes alegres, ni cantares;
pero cual una niña que observa,
es tu emoción inmenso surco abierto
al mínimo pájaro, a los verdes misterios vegetales;
hay una compadecida mirada al semejante,
hay tu oído que siempre escucha,
o tu voz con humildes verdades.
Preferís la soledad porque nunca estás sola.
Hay hadas y duendes en tu aura.
Tal vez santos o profetas te acompañen.
A tu sombra está mi paz, agradecida.
Tibio, a tu lado me protejo,
y la soledad que siempre atormentada
me persiguió, se desvanece en tu alquimia,
y sólo está la luz. Tu luz, mi amor, la calma.

ANTES DE LA NOSTALGIA

Antes de que llegue la nostalgia,
cuando todo es amable a la conciencia,
estás allí, sabia, perfumando las horas.
No sos como yo, que vivo mirando atrás,
extrañando el paisaje que abandono.
Aprendiste el misterio del tiempo,
y gozás del agua al primer sorbo.
No sos como el olor a mar evanescente
que se aspira al alejarse tierra adentro;
sos el brillo en las pequeñas ondas,
el pie descalzo que encuentra almejas rubias.
No sos la saciedad después de los banquetes,
sino el diario condimento suave
que agregado poco a poco,
llena los rincones con aroma a hogar.
Nunca serás la flor que se marchita,
sino el anuncio del pimpollo amanecido.
Como un colibrí encontrás el néctar
en las mínimas labores cotidianas,
las que sólo se aprecian cuando faltan.
Así sos, como un encendido faro,
y con tu desentendida guía, si estoy alerta,
se me revela un nudo que justifica el poema,
y en él, el grial del tiempo detenido,
del instante perfecto y la belleza que acaricia,
descubierto antes de que llegue la nostalgia.

ELECCIÓN

Te elijo blanca y de andar suave,
de mirada honda y transparente.
Tu sonrisa, como brisa en la mañana,
permanente y sin sobresalto.
Elijo tus manos, largas y sencillas,
más hábiles para amasar el pan
que para dibujar melodías,
con uñas como para hacer apenas
surcos en la piel que espera.
Te elijo ansiosa de la luz y el verde
así me reflejás las profundidades oscuras.
Descalza y tan cuidadosa al caminar,
que parecés memorizar la senda
para mostrarme la tierra.
Con ocultos temblores secretos
de mariposas íntimas con alas de seda rosada.
Te elijo tibia y cercana en la noche,
y dormida como un ángel al amanecer,
así veo llegar la luz al día y a tus ojos.
Te elijo simple durante la jornada;
no te atan las cosas sin vida,
y rezás con la fe de un niño.
De tu mano, elijo el crepúsculo,
lento y perfecto, como tu espejo;
y cuando llegan las sombras,
te elijo compañera en el viaje a las estrellas,
o refugio ancho de los miedos.
Te elijo como sos. Ni más ni menos.
Así te elegí siempre.
Hasta el definitivo encuentro.

TEMPRANO

Liviano y diáfano el aire en la mañana,
trae luz blanca y clara, que aun en estío
viene del este y penetra las sombras largas.
Así llega el despertar de los oscuros sueños.
Una lucidez distinta, mansa y lenta, se instala
y recorre los recónditos rincones del alma.
Se cierran atrás las puertas de la noche.
Queda el perfume de las visitas dulces,
la palpable realidad de las caricias añoradas.
Esa certeza de los rostros amigos y las voces,
del palpitar ante sutiles damas que pasan.
Por delante, el día, recién vestido, virgen
de agobios de las habituales rutinas.
A los miedos, olvido pronto, si los hubo.
Se es más sabio en la incipiente vigilia.
Se ama más la vida, las horas que vendrán,
y esas pequeñas costumbres repetidas
como este café, y las imágenes a través
del vidrio y de la mente amanecida.
¡Amanecer! Luego partir a la jornada,
lo más bello y cargado de sentido:
en la penumbra que adivina perfiles,
me inclino hacia tu figura plácida dormida,
y beso tu frente tibia. Agradecido.
El mínimo gesto es como besar la vida.
¡Ah! ¡Tente, corazón, en ese instante!
¡No te escapes, arena, entre los dedos!

SUIRIRÍ

Buenos días, mi amigo nuevo.
Aprendí tu nombre antes de ayer.
El real te llaman, benteveo.
Nombre elegante, como el vuelo
grácil que te trae y el canto
melodioso con que avisas
tu confiada visita a los jardines.
Eras un pájaro más, ni grande
ni pequeño. Un manojo apenas
de plumas y colores vagos;
hasta que ella te miró y de su mano,
supe quién eres, y te distingo.
La vi primero con el colibrí herido,
sostenido con su ternura fina,
luego te acercaste cierto día,
alegrando sus ojos, que te vieron.
Como bien sabes, pajarito amigo,
yo estoy aprendiendo de la vida,
doblando ya el codo del tiempo,
tal vez es el amor que enseña,
y hoy sé festejar las golondrinas.
Suirirí, suirirí, te veo en la rama.
En forma de ve, tu cola alegre,
y amarillo el pecho. Ven amigo.
Suirirí, cantas, y canta el alma.
Ven a mi jardín que así regalas
chispitas de luz a la mirada amada.

EN EL TREN

Viajo en la lejana latitud que atrapa
la mirada atenta con colores nuevos.
El aire claro y fresco trasluce la mañana.
La tierra arada parece fértil y en espera,
y tibia amanece la nueva primavera.
Lo anuncian blancas flores de cerezos
y ciruelos. Sutiles como el temprano verde
de esos álamos y sauces. Persistentes,
como los amarillos que salpican los prados.
El alma en calma, y la mirada amable
perciben un estado del tiempo
que se sostiene como un acorde.
Fresca, la sombra se sorprende cada tanto
con la caricia del sol pálido y tibio.
Señales al ojo que ve sin comprender.
Miro tu mano noble y la sé tibia y mía;
miro tu sonrisa leve que adorna presencias,
y sé bien que más allá de las palabras,
Dios te elige revelándote el secreto
que sólo vos ves, desde siempre.
Sabés del tiempo del brotar y florecer,
sabés del luego marchitar y aún sonreír.
Serena y simple como la arena;
llana, en tu horizonte vasto como mi tierra
amada, pero infinita y ancha como el mar
que la sostiene y baña. Próxima, siempre,
tan próxima que no sé dónde empezás vos,
y dónde es que yo termino. Cerca.

EL ABEDUL DORMIDO

¡Ah! Visión bendita,
que sobre el cielo gris oscuro
percibe el blanco brillo
del abedul dormido.

Rescata en la amenaza agreste
el bello perfil que trémulo porfía
contra el viento frío y la tormenta;
sutil temblor que frágil contraría
al desnudo rostro del tiempo y la fatiga.

¡Ah! ¡Ojos amados!

Sonríen cuando el pájaro viene
a interrumpir la matinal rutina.
Sonríen al descubrir la vida nueva
que se posa sobre la rama ayer lozana,
o al hundir los dedos en la tierra
y reponer con ilusión la planta muerta.

¡Ah! Ojos amados que me guían,
lazarillos de mi torpeza humana,
que suele sólo ver los miedos,
vacíos del alma que no advierte el lleno.

ENCRUCIJADA

Cayó, como una estrella fugaz,
la súbita visión de apocalipsis.
Era la hora de desnudar la noche,
de la caricia tibia y de los sueños,
cuando algo empujó las agujas
del reloj apurando los minutos
que transcurrían plácidos.
Se abrió un abismo de infinito vértigo.
Minúsculas luces sostenían la vida
y diminutos hilos mágicos de colores
tejían una frágil red, como soporte.
Las pocas, pero perfectas palabras
tenían de repente significados absolutos,
y la memoria perfeccionaba su registro
con inusitada presteza.
Luego, el tiempo, consciente, distinto.
La reverencia de las horas. La plegaria.
El valor de cada latido.
Querer vivir todo
lo hasta entonces descuidado.
El instinto urgente buscaba en rincones
amables, perdurar el nombre y ofrendarlo.
Así es el destino. En blanco y negro.
Un día quita con furia invasora
y otros concede como amo generoso.
Pequeña, frágil y temblorosa, la vida
despedida regresaría latiendo nueva,
y las lágrimas de gratitud por el hueco
que se llenaba, lavarían la piel con sal.
Allí, el amor, siempre.
El amor elegido, el fiel; fuerte y dócil,
total y hondo, entonces fértil, sostendría
el ancla al que se aferraron las manos
ante la más profunda e inesperada sima.
Luz que brilla en la encrucijada oscura.

SOLILOQUIO

Al capricho del viento buscaba entre las nubes
el dividido haz de luz que muestra el arco iris.
Sorteaba el tiempo a borbotones.
También supe ser mar sediento
del suave calor de arenas blancas.
Creí ser libre.
Eran tiempos de penumbras y destellos,
de tormentas, de inciertas calmas,
de desconocidos sosiegos.
Gozaba el paisaje siempre nuevo,
el amanecer tras la noche desvelada.
Como una flecha en vuelo buscaba el blanco esquivo
y tenía la impertinencia joven de creer pensar.
Sólo acostumbraba el pie al gastado adoquín,
y sin saberlo, iba conociendo las aristas de mi rostro
y el misterio que enlaza la piel y las caricias.
Con el alma desnuda recostada en mi llanura de tréboles,
las estrellas llamaban,
me traspasaban el pecho con su fuego frío y lejano.
Un día ocurrió, que sin hacer nada,
la vida comenzó a sonreír.
Con lentitud, se convirtió en encuentro.
Traspasé al fin las murallas que evitaba
o tal vez hallé las que querían los sueños.
Supe que la libertad estaba tras tus muros.
Amé la rutina cotidiana,
ansié el fruto de los hijos del amor maduro,
supe cómo quería envejecer
y qué mano quería sostener al ver el mundo,
al elevar mis plegarias.
Supe que esa mano aliviaría el dolor
y multiplicaría los gozos.
Aprendí este amor pleno y desesperado por la vida,
la reverencia agradecida de las horas,
la soledad nunca sola, porque te llevo adentro.

Aprendí este hablar conmigo mismo en tu silencio,
y así, sin palabras, sin ceremonias,
aprendí el milagro de amar y ser amado.

LA CASA

Las raíces hondas quiso la casa,
esta metáfora blanca del círculo.
Elude el secreto que ocultan las puertas,
y la luz le brota de adentro.
En mi rincón, al sur, rodeado de libros,
por un paño alto de cristal ancho y curvo,
veo copas de árboles, veo pájaros,
aviones que pasan, fugaces estrellas.
Nuestro nido es sereno, puede oírse el silencio.
La mesa redonda es de grueso vidrio
con una base de cuatro prismas de cedro.
Alrededor de un firme tronco de incienso,
tomados de un cabo marino, por un helicoides
se sube a los cuartos donde crecen los hijos
y por verticales ventanas, al ponerse el sol,
entran reflejos verdes, celestes, rubíes.
El hogar de leños esculpido en ladrillos
iba a ser el centro, iba a ser el fuego,
pero el centro siempre te sigue a tu sitio,
a tus cinco abedules apenas vestidos,
a la ilusión del lapacho, la sombra del tilo,
entre perfume a jazmín, a rosa, a azarero.
Son jardines de paz tus jardines de tiempo.
Espacios de luz. El centro del círculo.

CLEPSIDRA

Lejos, un goteo cantarino
deja oír su lento y leve eco azul.
Fatigada ya, la noche se desliza
a su frío abismo sin nombre.
Tras un velo esperan la mano de siempre,
la dulce plegaria entrañable,
las ansias por el brillo renovado al despertar,
y aguardan los sueños,
que desde la vigilia sólo son preguntas.
Mañana será la facultad bendita,
que sabe del olvido o del recuerdo,
según dicte el cotidiano caminar.
En la tibieza fiel de nuestro lecho
pareciera poderse resistir tempestades.
Nada se mueve, y el tiempo,
nos envuelve en su silencio líquido.
Inexorable y delicado verter de la clepsidra.

DESDE EL JARDÍN

Allí, la rosa abierta, henchida rosa
que se mece con la brisa de la tarde.
Detrás, la oscura hiedra,
la desnuda cascada de azaleas,
el tiempo detenido.
A ella vienes, como el aire tibio,
con los pies descalzos,
y en silencio,
a atender tus criaturas.
Ellas parecen hablarte,
y cuando las sostienes con las manos,
no se sabe quién acaricia a quién,
ni de quién es el mutuo aroma,
y esa tierna pertenencia que observamos
dos parejas de torcazas
que desde el abedul cercano
festejan primaveras,
y yo, sentado en el jardín,
tu reino mágico.

LA PARÁBOLA

El don esquivo de evocar los sueños
me trajo el vuelo entre altas azoteas,
y aquella pretenciosa libertad infinita.
Algunas veces, el terror de los ojos
sucumbiendo entre las garras
de águilas que aletean mi rostro.
Otras, las humedades fértiles,
manos, pies, saliva, piel íntima,
voces redondas y miradas líquidas,
o la rara osadía de ser otro que me mira.
Hoy, el viaje por interminables selvas,
culpas, negaciones, consecuencias,
y al rescate del dolor crucial que viste blanco,
el espejo en los ojos de un puñado
de seres amados despedidos.
Detrás de cada parpadeo, vos,
durmiendo al lado de mi cuerpo
surcado por cicatrices de esperanza,
o caminando tu reino de jardines,
y los rincones mullidos del nido,
en todos los espacios del tiempo,
entrañas donde nace la fe y se sostiene.
Así te llevo hasta el primero de mis sueños,
y te descubro cuando no te sabía aún.
Así te llevaré después del último.

EL PEQUEÑO OLIVO

Como al descuido crece, lento,
austero y rústico tu pequeño olivo.
Le brillan unos destellos claros
del blanco sol de invierno
en el espejo de hojas nuevas
y su promesa vegetal de tiempo.
Húmeda la tierra en que enraíza
aun en esta pertinaz sequía,
muestra el afán de las manos que lo cuidan,
y sobre ese oscuro lecho libre de malezas,
un puñado de pétalos de rosa
reposa su desnudez como al olvido
y se resiste a ser materia inerte.
No sé si allí acaso lo sembraste
como tributo o abono de belleza al árbol,
o es que vas dejando huellas mágicas,
en tu sencillo modo de caminar la vida
haciendo de cada paso una plegaria.

EL ÚLTIMO ESPEJO

Si ya este frío no escondiera acaso,
el mínimo anhelo a primaveras.
Si el rojo atardecer me revelara
que se apaga el sol, que se despide,
que el sueño de esta noche es el postrero;
desnudaría las horas de palabras vanas,
le hablaría a Dios sin recitar plegarias,
y con el arma en puño aun mellada,
iría a la batalla con el alma presta.
Aunque angustie la razonable duda,
de saber si estará listo el equipaje,
que no se diga que arredró el coraje
cuando en la siega lo reclame el tiempo.
Llevaré en el pecho la cruz marcada
con el fuego y el agua de la vida,
buscaré con ansias tus manos tibias,
y al encontrar tus ojos mi mirada,
la verás hasta siempre agradecida,
y marcharé en tu espera si hay mañana.
Dirás al fin espejo, si lo que quiero puedo:
yo nunca sabré si he dado la medida,
cuando por última vez te de la espalda.

REGRESO

Bajo las nubes oscuras
el sol me saluda esta mañana
invitando a ir, a no temer,
a salir de éste, mi jardín,
mi patio de estrellas.
Salir de mi llanura solitaria
en la que el alma se expande
como una sinfonía.
El sol saluda en este amanecer
mostrando brillos nuevos luminosos.
La calle comienza a poblarse
de personas con semblante fresco.
Habrán como yo, tal vez,
dejado en la almohada sin saberlo,
la carga de penumbras, de deseos,
o habrán tenido el sueño que se busca,
del que no se quiere despertar.
Las horas traerán la humana carga
de confusos grises, las duras sombras,
y yo me asustaré,
sentiré que estoy en la trinchera,
y casi con sentimiento de mascota,
volveré a mi patio verde,
a mi ciudadela amurallada,
donde el cielo es más claro,
y reposaré sobre mi alfombra
de conocidos aromas
en los que el tiempo parece detenerse,
sin ansias de viajes, ni aventuras,
a tu lado,
sólo a tu lado.

TU JARDÍN

Las hojas frescas
de los jazmines nuevos,
la pequeña lavanda
o los mínimos tomates
que se yerguen lozanos,
recién plantados.
El jardín perfumado
del que elegidos pimpollos
adornan los rincones de la casa.
Tu dedo crea vida en todas partes,
y yo, que te sigo sin que lo sepas,
oigo latir mi corazón,
porque el tuyo late.

EL DORADO

Mi Dorado fuiste.
Mi sumergida Atlántida,
mi vellocino, mi ciudad perdida.
No te encontré
en la selva esplendorosa
ni en el hondo mar Atlante.
Eras un valle calmo.
Eras tres jazmines que se hablan
y una rosa de la que llueven pétalos.
Eras silencio.
Eras el agua fresca,
el vuelo de mariposas nuevas.
Eras amanecer con trinos,
eras raíz de roble, de algarrobo,
con los cabellos al viento.

Eres una gota lenta
que me lava por dentro,
mi revelado sitio de encuentro.
Mi espejo.
Mi fuente inagotable.

PRISIONERO

Mi prisión es ciega, amor, con muros fríos
llenos de símbolos que apenas descifro,
de nombres de héroes y de historias
de condenados, sus plegarias y sentencias.
Comparto el destino de quienes supieron
de grandezas vanas, de dudosas epopeyas
y de otros de vida errante y desatinos.
Me une a ellos el silencio, el desparejo
diálogo en soledad con la conciencia
y el designio absurdo de contar los días
para poner en el mañana la esperanza.
En mi rincón oscuro con avaros resplandores
desgrano las horas en repetido intento
de escandir el verso y de cifrar cosechas.
Te veo allí sentada, entre agujas y ovillos,
sólo empeñada en contar los puntos
sin que te importe tejer y destejer hileras.
En tu sereno universo el tiempo no te abruma.
Yo creo escuchar al ruiseñor y escribo,
vos hablás con él en cuanto llega,
y te despedís feliz cuando se vuela.
Sabés de abrir el surco a la semilla
y del momento preciso de la siega.
Cuando ves volar las garzas blancas,
nunca te preguntás si van o vienen.
Es que sabés, amor, volar con ellas.

LA ROSA

Hoy ignora la solitaria rosa
que volverán las primaveras.
Elige orgullosa su mejor blanco,
suave, la más sutil fragancia,
y así se ofrenda en el otoño frío.
Ya en la espera del invierno,
desnuda, se armará de espinas.
A tus manos, a tus ojos, se entrega,
y de tu búsqueda constante
del nudo perfecto de la vida,
llega al centro de esta mesa,
silencioso ancla, lazo, familia,
y luego aparece junto al papel,
en que el tiempo se detiene apenas,
huele el aroma, tiembla, y es poesía.

